

amb ulls catalans

Las exequias de Comín

Semanas después de la muerte de Alfonso Comín me parece oportuno plantear una breve reflexión sobre la celebración cristiana de sus exequias, sobre la misa exequial de cuerpo presente a la que asistieron creyentes y no creyentes, que celebró el abad de Montserrat, con la presencia en el primer banco tanto de las más altas autoridades de la Generalitat y del parlamento catalán —del que Comín era diputado—, así como del partido comunista español y del catalán de los que Comín era dirigente.

Hay quien ha comentado después que hubiera sido mejor realizar primero un acto puramente cívico y luego la celebración cristiana «sólo para cristianos». Que el acto fue ambiguo porque parecía dar por supuesto que allí todo el mundo era cristiano. Debo decir que esto último me parece falso, ya que repetidamente se dejó constancia de la diversa creencia religiosa de los asistentes. Pero es cierto también que es equívoco celebrar la eucaristía ante una asamblea formada por cristianos y no cristianos.

Sin embargo un servidor, que ha protestado repetidamente por la utilización de la misa para solemnizar actos cívicos —por ejemplo, la jura de la bandera—, que se ha sentido incómodo en funerales en que buena parte de los asistentes parecían soportar la misa porque a lo que iban era a cumplir un deber de amistad, un acto social, allí, en aquella misa por Alfonso Comín ni me sentí incómodo ni me pareció un acto equívoco, forzado. Porque había una clara proclamación de la fe del difunto, de su esposa e hijos, de muchos de sus amigos y compañeros de lucha política. Los otros, los no creyentes, asistían respetando esta convicción, sin que ni ellos ni los cristianos fingieran una fe no existente.

Un joven militante comunista, no cristiano, decía al salir a unos amigos creyentes: «Vuestro rollo no me va pero reconozco que tiene garra». Ciertamente tuvo garra la proclamación de las bienaventuranzas por el hijo pequeño de Comín —subido a un taburete para llegar al micrófono—, tuvo garra el tono de paz, de justa alegría, de fe radical que adquirió toda la celebración.

Por ello, yo diría que fue un expresivo testimonio de lo que es la fe cristiana. Ya sé que la misa no es para evangelizar, pero en todo hay excepciones. Si no se hace trampa, si no se finge. Allí los cristianos ni se avergonzaron de su fe ni la impusieron. Como debe ser.

Joaquím GOMIS